

LOS SUEÑOS DE JONATHAN

CHRISTIAN OLIVARES

Grupo Editorial Endira México, S.A. de C.V.

endira

Los sueños de Jonathan

Primera Edición, 2017.

© 2017, Christian Olivares.

D.R. De esta edición.

© 2017, Grupo Editorial Endira México, S.A de C.V.

16 de Septiembre 8 local 16, Colonia Centro, San Juan del Río, Qro.

C.P.76800 San Juan del Río, Querétaro.

Teléfono: (427) 272-47-97

www.endira.com.mx

Queda prohibida la reproducción directa o indirecta, total o parcial de esta edición así como la explotación de la misma, sin autorización escrita del editor:

Impreso en México.

ISBN: 978-607-8323-64-7

Diseño editorial: Erik Gastón Sánchez Basurto

Coordinador editorial: Karenina Saro

Para mayor información, visita:
www.endira.com.mx

¿Tienes algún comentario, duda o sugerencia?

Escríbenos a: editorial@endira.com.mx

ÍNDICE

Dedicatoria	9
Prólogo.....	11
I.- Recuerdos.....	17
II.- La vida.....	21
III.- Viajes astrales	29
IV.- El Nilo.....	31
V.- Roma.....	37
VI.- Cancún.....	49
VII.- Sueños lúcidos: volar.....	59
VIII.- Contrato con los chinos	71
IX.- Sueños lúcidos.....	79
X.- Universo	81
XI.- Planeta Hipp.....	91
XII.- Los Mayas.....	101
XIII.- Estallido social.....	109
XIV.- Primer viaje.....	119
XV.- Portal abierto.....	125
XVI.- Atentado	135
XVII.- La Nada	141
XVII.- Los Gigantes.....	159
XIX.- La Catedral Gótica.....	167
XX.- Market Chino.....	175
XXXI.- Mundo de Burbuja.....	189
XXII.- Hacia la Luz	195
XXIII.- General.....	209
XXIV.- Dr. Hipp	231
XXV.- Complot.....	241
XXVI.- Imágenes.....	253

DEDICATORIA

En Memoria de Alicia Amores de Olivares
C.O.

PRÓLOGO

El misterio de los sueños ha fascinado a la humanidad desde tiempos distantes, pues hasta hoy en día nos preguntamos que es lo que sucede con nuestra conciencia durante esas largas horas que pasamos dormidos. ¿Se trata de experiencias reales y concretas? ¿O son solo producto de nuestra imaginación?

El mundo antiguo se planteó también estas preguntas sobre los sueños. Aunque durante ese tiempo estos fueron considerados como verdaderos viajes a lo desconocido por diversas culturas.

Extensas crónicas en libros sagrados nos hablan sobre su naturaleza profética, que desafía los límites del tiempo y espacio. Como si existiera un estrecho vínculo que los conecta con nuestra realidad, pero de una forma velada y mágica.

La naturaleza tan íntima e intrigante de nuestros sueños, revela los aspectos más profundos de nuestra personalidad. Aspectos de nosotros mismos que rara vez nos atrevemos a analizar. Pues la mayor parte del tiempo, nuestras experiencias oníricas permanecen ocultas dentro de nuestro subconsciente. Y por lo general, son olvidadas tan solo unos minutos después de haber despertado.

¿Pero qué sucede con aquellos sueños que nos impactan al grado de despertarnos durante la noche?

Aquellos sueños tan profundos y vívidos que nos hacen estremecer. Que permanecen en nuestra memoria por largo tiempo. Sueños de gloria y poder. De anhelos realizados en mundos fantásticos por otro yo que cobra vida en esos reinos fascinantes. Para expresar ahí, la más fuerte de sus voluntades.

Esos sueños son los que marcan nuestra vida por siempre. Son los que nos hacen prestar atención a lo que

sucede en ese reino alucinante, que visitamos todas las noches a lo largo de nuestra existencia. Pues dentro de los sueños dejamos atrás el fastidio y la monotonía de la vida diaria para convertirnos en algo más... en algo superior que desafía las rígidas leyes de nuestro mundo y que se transforma en lo que siempre hemos querido ser, modificando a voluntad la realidad para hacer posible aquello que siempre hemos anhelado.

Por la dimensión del sueño es la dimensión del poder. Donde aflora nuestra naturaleza real, aquella que permanece oculta bajo el asedio y la rigidez de la vida cotidiana. Y esta dimensión, al igual que todas las demás, esconde profundos secretos. Secretos que fueron explorados por culturas ancestrales como los mayas, quienes afirmaban que nuestro verdadero yo era aquel ser inmortal que aparecía durante los sueños. Ahí en ese reino de poder, se encontraba al alcance de las fuerzas supremas que rigen las leyes de nuestro mundo.

Los mayas desarrollaron el poder de los sueños a un grado que ni siquiera podemos imaginar. Tras siglos y siglos de entrenamiento y arduas disciplinas, lograron algo casi imposible de racionalizar. Ellos consiguieron mantener la lucidez de conciencia de manera controlada mientras soñaban.

Dicho de otra forma, lograron controlar sus acciones y pensamientos durante los sueños, tal y como lo efectuamos en nuestro mundo cotidiano donde somos conscientes de todos y cada uno de nuestros pensamientos y acciones.

Al tomar el control de esa dimensión desconocida, los mayas descubrieron los más inextricables secretos sobre el propósito de nuestra existencia. Aquellos secretos que revelan el umbral que separa a la vida y a la muerte. Fue así como desarrollaron sus concepciones sobre el mun-

do que nos rodea y la magia que infunde sobre nosotros, pues finalmente ellos llegaron a considerarse a si mismos como exploradores del infinito.

¿Y no es eso lo que todos somos?

Rodeados por un universo de inconmensurable tamaño y hermosura. Armados solo con nuestro vehículo de conciencia para explorar los misterios de la existencia.

Desde las tierras mayas, uno de estos exploradores ha surgido para ofrecernos sus experiencias en esa dimensión alterna. Un osado practicante del sueño lúcido con una bitácora de increíbles viajes.

Dejemos entonces que Los Sueños de Jonathan nos atrape en esa atmósfera de belleza surrealista.

J.I. MURRA

*Todo lo que vemos o parecemos es solamente un sueño dentro de un sueño.
Edgar Allan Poe (1809–1849).*

*¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción; y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son.
Pedro Calderón de la Barca (1600–1681).*

*Somos del mismo material del que se tejen los sueños,
nuestra pequeña vida está rodeada de sueños.
William Shakespeare (1564–1616).*



I.— RECUERDOS

*Todo en la Creación es infinito,
nuestros propios sueños lo son.*

El primer recuerdo que viene a mi mente es el espacio: flotar en el universo está en mi memoria desde antes de nacer; sin gravedad, suspendido, me veía como un niño. En ese espacio no sientes frío, calor, nostalgia o sentimiento alguno; no se tiene ninguna necesidad. Te encuentras en un estado de completa relajación, de andar por el universo conociéndolo todo, estar ahí y en todas partes.

Cuando recuerdo esos momentos me lleno de una paz gigantesca, ¡es tan hermoso! Estar sin gravedad, levitando en el espacio entre miles y miles de estrellas rojas, amarillas, estáticas, parpadeantes, blancas en su gran mayoría; estas últimas iluminan por completo el universo en cúmulos de galaxias que combinan colores rojizos, azules, grises y amarillos, con formas de espirales, de burbujas redondas, siempre atrayéndose con su energía en remolinos de una belleza majestuosa.

El segundo recuerdo que tengo es nuevamente en el espacio: me encontraba dentro de una burbuja, una esfera transparente con vista panorámica; dentro de la burbuja no sólo me encontraba yo, sino una decena de seres más, parecidos a mí.

Recuerdo en particular a un individuo vestido de blanco de tez clara, pero tengo su cara borrosa. Estábamos volando sobre la Ciudad de México y éste hombre nos dijo a todos: —¿Están listos? ¡Ya pueden escoger a su mamá! Dentro de la burbuja, recuerdo a los niños apuntando con el dedo índice el rumbo que debíamos tomar.

Nos guiábamos por el amor tan intenso de nuestras madres que nos jalaba como si fuera un imán gigantesco. No tardé mucho en comenzar a sentir un cosquilleo en el pecho que fue trasladándose a mi propio dedo. Podía ubicar, con ese amor que sentía, el rumbo de la casa que pronto sería mi hogar, donde se encontraba esperándome con ansiedad ese ser que me daría la vida en la Tierra.

Llegamos a la primera casa, un niño bajó lentamente su brazo dejando de apuntar. Nos veíamos como de siete años. Se abrió un orificio en la burbuja y de inmediato un rayo de luz, que salía de una de las ventanas de la casa, le alcanzó abruptamente golpeándole en el pecho y quedando inconsciente en el acto; éste comenzó a jalarlo hacia la casa y poco a poco veíamos como el niño se diluía en el rayo de luz, introduciéndose por la ventana.

Así fuimos casa por casa, dejando a cada uno de nosotros, hasta que fue mi turno y comencé a guiar el rumbo de la burbuja. Todo estaba oscuro, se podían ver las luces de la Ciudad de México. Era una noche de agosto transparente y cálida con luna llena. Cuando llegamos a mi casa, la burbuja se detuvo, se abrió el orificio y el hombre vestido de blanco se acercó a mí diciendo: —¿Estás seguro que lo quieres hacer?

Yo, solo lo hice. Sentí cómo llegó ese rayo de luz a golpearme muy fuerte en el pecho, lo vi, y al instante quedé inconsciente.



II.— LA VIDA

MI nombre es Jonathan Amores Hernández. Mi primer recuerdo en la Tierra fue ver un rayo de luz. Cuando desperté lo miré con esos ojos que miran a través de un alma de niño que lleva en este mundo cuatro años.

El rayo de luz atravesaba la cortina de mi recámara, penetraba la tela blanca transparente, alcanzándose a ver las partículas de polvo combinadas con el aire estático que las mantenía flotando vistosas en esa luz intensa. Escuchaba las voces de mis padres hablando, arriba en el primer piso. La alfombra de mi cuarto era roja, mi cama individual con una colcha y sábanas blancas. Del techo colgaban algunos adornos que había puesto mi madre, tales como atrapa sueños, campanas, peces y otros animalejos. En la pared frente a mi cama había dos cuadros: uno de un windsurfista brincando olas, tenía un marco rojo, medía un metro por un metro, debajo de la imagen con letras negras y rojas decía: Windsurfing crazy; a un lado de este cuadro estaba otro de las mismas dimensiones con una imagen de Jesús, esa inconfundible del hombre delgado, barbudo, de nariz recta, de treinta y tres años de edad, cabello largo y castaño.

Me movía lentamente disfrutando de todo mi cuerpo, como cuando me estiro algunas veces por las mañanas, pero con mayor serenidad, solo descubriéndolo, solo por primera vez el regocijarte en tu cuerpo, el placer de estirar tus extremidades, de saber que respirar el aire es algo divino.

Entonces se apareció una persona adulta, parecida a aquél que me había advertido antes de bajar de la burbuja, pero en esta ocasión no estaba vestido de blanco, solo se acercó a mí: alto, con cabello negro, ojos azules,

manos enormes (más grandes que la mitad de mi cuerpo) y me decía:

—Papi, te compré este juguete, estoy llegando de Pasadena, California; fui con mis amigos a ver el SuperBowl. Sé que eres muy pequeño, pero cuando crezcas te va gustar mucho este deporte, te compré un banderín de los Raiders, quienes le ganaron a los Vikingos de Minnesota 32–14. También te traje una sorpresa.

El banderín decía en letras plateadas con negro: “Raiders campeones SuperBowl 1977” dejó la sorpresa sobre mi buró y de inmediato le vi. Comencé a disfrutar de esa atmósfera de amor que solo un padre te puede dar cuando eres tan pequeño. Miré y era un pingüino negro con blanco, ¡qué elegante!, caminaba dándole cuerda. Recuerdo hacer esa interacción con mi juguete por primera vez, verlo caminar por si solo me daba mucha alegría. Es difícil ahora de adulto comparar alguna sensación similar, tal vez cuando veo por primera vez algo tecnológicamente muy novedoso siento algo parecido a esa alegría que sentí con mi pingüino.

Ahí estaba yo, viendo y sintiendo tantas cosas por primera vez, comenzando a familiarizarme y a entender este mundo e integrarme cada vez más con mi nuevo entorno.

En esos días que uno está iniciándose en este mundo, todo parece nuevo y fascinante: el olor, los colores, el aire, el agua, el fuego; todo es descubrir, esto es lo más exitoso de nacer en este planeta: maravillarse de todo lo nuevo y así transcurrir el resto de nuestras vidas, descubriendo y maravillándonos de cosas que encontramos a diario o con sucesos nuevos que nos ocurren.

A los cuatro años no conocía el temor, sólo continuaba absorbiendo toda la información que se me presentaba; pero mi cerebro ya tenía la capacidad de comenzar a recordar sucesos de este mundo y también terminaba de

bloquear la capacidad de recordar quiénes somos o de dónde venimos en el universo, tal y como lo restringen las leyes universales de la Tierra a quienes llegan a vivir a ella, en esta vida no tenemos permitido saber nuestro pasado ni nuestro futuro, solo seguimos el camino que nos programamos.

La energía que traemos cuando nacemos es tan fuerte que necesitamos pasar los primeros cuatro años de nuestra vida reprogramando nuestro cerebro para desconectarlo del pasado, de la energía universal, y, por ende, disfrutar de esta vida, descubrirla, maravillarse de ella e ir olvidando quiénes fuimos hasta que regresemos al túnel de luz en dónde todo tendrá sentido nuevamente.

Crecí siendo un niño como la mayoría, me gustaba ir a la escuela y jugar con mis amigos, tan simple y sencillo como se vivía en esa época la vida en las escuelas, estudiando, jugando, soñando, amando.

En este mundo, mi nuevo cerebro aprendía rápidamente las reglas de la vida, pero siempre tuve muy claro que existía algo más, esta energía que sentía, que no me dejaba.

Recuerdo que en mi niñez todo fue terrenal, pero comenzaron a surgir hechos, ideas y sentimientos, así como sueños en donde la realidad ya no era una realidad cotidiana. Comenzaba una época que me cambiaría para siempre y a la historia de la humanidad también. Comenzaba a ver y percibir cosas que para cualquier otro podrían ser intangibles, ninguna otra persona a mi alrededor las percibía. En alguna ocasión, cuando tenía siete años, subí a un camión para que me llevara a mi casa saliendo de la escuela, recuerdo que estaba sentado en la parte de atrás, con unos niños que eran mis amigos. Veníamos carrilleando a unas niñas; bajando del autobús tenía que caminar hasta mi casa, aproximadamente 500 metros colina arriba. Subiendo la calle comencé a ver que una

persona se acercaba a mí con una cara distorsionada, podría decir que fantasmal o diabólica; entré en pánico y él se acercaba hacia mí. No podía soportarlo, cerré los ojos y él me preguntó:

—Hola, ¿sabes dónde está la calle de Peñón Grande?

Al abrir los ojos me di cuenta de que era una persona normal, con una cara común. Eso y mis otros recuerdos me alertaban de que la vida no es solo lo tangible, que convergía con otras formas de energía, de vidas paralelas, de sueños, de las infinitas opciones que tenemos para realizar un acto, todo se conjuga. Siempre estuve en contacto con algo que me hacía pensar que mi vida en este planeta es solo una parte del todo en el universo, contrario a pensar que nuestra vida es todo el universo.

Nací en la Ciudad de México; sin embargo, viví mi niñez en un pueblo llamado San Pancho, en la Riviera Nayarit. En ocasiones, estando en casa de mis padres cuando me quedaba solo por las noches, las cosas se ponían muy extrañas. Tenía como doce años.

Una noche en el ocaso, caminaba rumbo a mi casa que estaba ubicada en el Tercer Mundo (así se llamaba el residencial donde tenían su casa mis padres, arriba de un cerro lleno de vegetación, verde por todos lados y al fondo el Océano Pacífico envolviéndonos con el sonido del reventar de las olas y los graznidos de las gaviotas; siempre ha existido una energía especial en ese lugar). Al llegar a casa de mis padres me dirigí a mi recámara. En la oscuridad de la noche sólo una pequeña luz alumbraba tenue el pasillo. Estando en mi habitación comencé a sentir una energía, sabía que algo estaba ahí conmigo, no lo podía ver, pero sí sentir; no de tacto, nunca me tocó o lo toqué, simplemente sentía su presencia, su energía. Entré en pánico, siem-

pre me sucedía lo mismo, no lo podía aceptar y me ganaba el terror. Sentía a ese ente detrás de mí.

Tenía la puerta abierta y escuché como empezaba a tomar algunos juguetes que tenía en una repisa; esa noche traté de enfrentarlo y no salir, como siempre, gritando en busca de mi padre, que en esa ocasión no estaba; entonces decidí voltear a verle, quedándome inmóvil. Cuando miré, estaban ahí frente a mí, a la altura de mis ojos, flotando, moviéndose en sincronía cerca de quince luchadores de juguete que tenía, me quedé paralizado cinco segundos viendo cómo se movían con sus pies y manos abiertas de un lado al otro; salí corriendo y gritando como nunca. Era muy niño para comprender lo que estaba sucediendo.

Mi adolescencia y juventud la viví en Mazatlán, Sinaloa. Pasé el mayor tiempo con mis amigos disfrutando de la vida y la naturaleza; del mar; que siempre ha sido mi aliado infalible, mi amigo, compañero de historias, de música, de esperanza, de amor; ¡nunca podré estar lejos de él! A mi padre lo habían cambiado de residencia por el trabajo. Esa etapa de mi vida transcurrió sin ninguna experiencia energética que en especial me hiciera ver la vida como la veo ahora, simplemente crecí como otro adolescente superficial y ochentero más, un joven del siglo pasado.

Cuando terminé la preparatoria, me fui a vivir a la Ciudad de México. ¡Wow! Cuando llegué me impresionó lo imponente que es el Centro Histórico: nuestra bandera en el Zócalo, la calle de Madero con tanta historia que nos recuerda nuestra Revolución y a los hombres que la concibieron como Francisco I. Madero y Emiliano Zapata. Me cautiva estar en lugares como el restaurante «La Opera», en la calle 5 de mayo, donde aún se puede apreciar un disparo en el plafón. Cuenta la leyenda que Francisco Villa se encontraba festejando con una hermo-

sa dama rubia, alta, con ojos azules, vestida de la época del porfiriato con un corsé floreado muy apretado y que dejaban a la vista sus grandes atributos; también estaba abrazando a otra hermosa mujer de cabello negro, tez blanca, ojos grandes y negros, nariz recta, alta y con un cuerpo escultural, él estaba tan contento que dentro de «La Opera» y después de varios tequilas pegó un disparo al techo. Bueno, en sí la Ciudad de México es única, pero el Centro Histórico es la base, es el encuentro con nuestros ancestros, el punto neutro, de ahí venimos todos los mexicanos, del «ombligo de la Luna».

En la Ciudad de México vivía con mi abuela paterna. Era una persona angelical, no solo por la definición de la palabra; mi abuela simplemente lo era. Leía el Tarot, el café; era de la Orden Rosacruz, hacía meditaciones, viajes astrales y curaciones. En definitiva, movía muy bien la energía.

Cuando llegué a vivir con ella solo me interesaba el momento, no le daba importancia a las señales que todo el tiempo nos advierten, solo pensaba en hacer deporte, perseguir a las mujeres y al dinero, hacer negocios, terminar mi carrera y ser un hombre próspero.

Viviendo con mi abuela comencé a detectar ciertas cosas que no eran comunes en otras personas, ¿qué hacía mi abuela a las 10:00 a.m. con diez personas en la sala de la casa meditando?, y además ¿qué es eso de meditar? Diario oía que mi abuela era como un orador, no dejaba hablar a nadie. Así varias veces la escuchaba; al comienzo nunca me invitaba, me creía muy escéptico, pero en el fondo yo sabía lo que ella hacía.

Mis amigos y yo nos intrigábamos, recuerdo que uno de ellos entró al grupo de meditación y ¡fue lo máximo!, así como para mí lo sería en un futuro. La gente hacía citas para que mi abuela les leyera el café o el Tarot; incluso

algunos familiares de secuestrados o la propia policía la visitaban para que les dijera donde se encontraban las personas o seres queridos que buscaban.